

La muerte no es tan mala como dicen

Por Mauro Gámez Vázquez

Siempre pensé que era yo ordinario, que nunca me sucedería algo especial o importante en mi vida. Siempre pensé que cuando creciera, estudiaría filosofía, me graduaría de la universidad, conseguiría trabajo como mesero en un restaurante fino, de esos en los que adornan los platos con flores y utilizan ingredientes extravagantes como el caviar y el paté. Siempre pensé que me casaría con una mujer que fuera capaz de hacerme sentir el hombre más feliz del universo, que tendríamos 4 hijos, que trabajaría en el mismo restaurante lujoso por el resto de mi vida hasta mi jubilación, y que moriría en una cama cómoda rodeado de mi familia, pensando en la tranquilidad de haber vivido la vida más ordinaria e insípida posible. Pero supongo que la vida te puede sorprender de vez en cuando.

Eran las 7:30 de la mañana y la alarma que sonaba desde hace cuatro años, todas las mañanas de lunes a viernes, sonó. Abrí los ojos lentamente preparándome para recibir la luz del sol que se colaba por la ventana de mi habitación. Cuando creí haber despertado por completo, me levanté de mi cama y me dirigí hacia el baño. Cuando volteé a verme en el espejo, vi al mismo Simón de 15 años que veía todas las mañanas: cabello castaño, despeinado y con la frente cubierta hasta las cejas, unas ojeras débiles y oscuras por debajo de mis ojos, originalmente café claros teñidos de un suave color rojo gracias al cansancio, nariz chata con una leve curvatura asimilando un tobogán, unos labios delgados color rosa opaco, y finalmente un pequeño lunar en la parte superior de los labios. Me lave la cara para intentar aparentar que sí había tenido mi tiempo suficiente de sueño, y salí del baño rumbo al armario. Elegí unos pantalones de mezclilla azul oscuro, una camiseta roja con el letrero de los Rolling Stones en el centro, y unos zapatos Nike azul oscuro con rayas rojas.

Después de cambiarme, salí de mi habitación, bajé las escaleras, y revisé el reloj que estaba colgado en la entrada de la casa, y efectivamente como lo suponía, ya iba tarde a la escuela. Entré en la cocina y abrí el refrigerador buscando un desayuno ligero que pudiera comer de camino a la escuela. Me decidí por un plátano y unos pedazos de jamón, ya que en realidad era lo único que quedaba en el refrigerador. Agarré la mochila y me dirigí hacia la puerta principal, la abrí y me detuve un instante cuando la idea de despedirme de mis padres cruzó

mi mente, salí y cerré la puerta al mismo tiempo que recordaba que probablemente Mamá estaría en el trabajo y que Papá había muerto hace un mes en un accidente automovilístico. Por más que pasaba el tiempo no me acostumbraba a la idea de mi padre fallecido, y honestamente no creo jamás hacerlo. La muerte de Papá me hizo sufrir bastante en su momento. No paré de llorar en 3 horas cuando Mamá me dio la noticia. Intenté ser fuerte para no hacerla sufrir más, pero no me salió tan bien. A las dos semanas del accidente decidí que ya lo había superado, aunque supe que el vacío que había quedado en mi corazón después de su muerte jamás saldría, y hasta hoy sigue sin sanar. Mientras caminaba en dirección a la escuela me encargué de observar mi alrededor.

El cielo estaba despejado y el sol en su máximo esplendor, el viento soplaba despeinando aún más mi cabello.

Mientras pasaba por enfrente de la casa de la Señora Cárdenas, la vecina que una vez a la semana sin falta tocaba en nuestra puerta para pedirnos una taza de azúcar o de harina. Saqué mi celular del bolsillo de mi pantalón para revisar la hora, pero cuando metí mi mano en mi bolsillo tuve la extraña sensación de que había alguien atrás de mí. El instinto me dijo que volteara y eso fue lo que hice. Era un hombre mayor, de aproximadamente unos 40 años. Estaba usando una camisa de cuadros desabrochada con las mangas desgarradas, un par de pantalones de mezclilla con varios agujeros en la tela, y parecía que había dejado los zapatos en su casa porque sus pies estaban descubiertos. Tenía su mirada clavada sobre mí, lo cual me dio una sensación algo escalofriante, así que me volteé y retomé mi camino.



El

En cuanto comencé a caminar, el hombre que se encontraba detrás de mí hizo lo mismo, así que intenté relajarme repitiéndome que todo estaba bien mientras inconscientemente aceleraba el paso. Pero cuando me di cuenta de que el hombre había comenzado a acelerar su paso al igual que yo, la tranquilidad se esfumó rápidamente, la respiración comenzó a acelerarse y a forzar bastante, mientras que mi mente no dejaba de bailotear a la par que creaba miles de teorías de lo que estaba sucediendo, no pude contener mi terror y no tuve de otra más que comenzar a correr.

Y como en las dos ocasiones anteriores, el hombre me imitó. Corrí lo más rápido que pude, aproximadamente un kilómetro y medio, cuando tuve la sensación de que el hombre ya no se encontraba detrás de mí. Busqué un callejón en el que me fuera posible esconderme. No pasaron ni 2 minutos cuando a mi derecha apareció justo lo que necesitaba. Era un callejón largo y estrecho que separaba a dos edificios de departamentos, esta separación lograba que la oscuridad fuera aún más oscura. La calle estaba empedrada y había varios basureros a en todo su largo.

Entré al callejón y cuando por fin tuve una sensación de seguridad, una mano se posó apresuradamente sobre mi hombro, mientras otra acercaba un pañuelo húmedo con un olor extraño hacia mi boca. En cinco segundos la luz se habían ido y se habían llevado consigo mi esperanza y mi sensación de seguridad. Abrí los ojos. Me encontraba en una habitación de luz blanca. A donde sea que volteara lo único que veía era blanco, un blanco brillante que se expandía hasta la infinitad.

En ese momento recordé. El señor descalzo. Me durmió. Me secuestró. Y me había traído a este extraño lugar.

—Hola—dije con un tono de confusión esperando una respuesta.

Esperé aproximadamente treinta segundos. Pero no se oía nada. Los nervios me comenzaron a recorrer el cuerpo, subiendo por mis talones hasta mi estómago, cubriéndome todo mi cuerpo. No pude contener el terror y la desesperación que sentía en ese momento. Y entonces, lo escuché.

—¿Simón?—era una voz grave y entrecortada, una voz que había escuchado cientos de veces. Volteé mi cabeza hacia atrás, y ahí estaba.

—¡Papá!—grité lo más fuerte que pude sin intención de esconder mi emoción y mi felicidad. Corrí con todas mis fuerzas hacia mi papá. Lo abracé tan fuerte que me caí encima de él.

—Te extrañé tanto, Papá— y en ese momento todo el sufrimiento, toda la desesperación, toda la tristeza y la frustración que había sentido hace un segundo, desapareció, sólo quedó la felicidad que albergaba mi interior.

En ese momento supe que la muerte no era tan mala como dicen los rumores.